

INSTITUTO TECNOLÓGICO Y DE ESTUDIOS SUPERIORES DE OCCIDENTE
Departamento de Estudios Socioculturales

PROYECTO DE APLICACIÓN PROFESIONAL (PAP)
Programa de Construcción de Opinión Pública e Incidencia en los
Medios

Mirar la ciudad con otros ojos. Memorias e identidades



Cambio y permanencia
Análisis de tres espacios públicos del AMG

PRESENTA

Bruno Lomelín Gómez, Licenciatura en Arquitectura

Profesor PAP: Rogelio Villarreal Macías

Asesor: Andrés Villa Aldaco

Tlaquepaque, Jalisco, Otoño de 2019

ÍNDICE

REPORTE PAP	
Presentación Institucional de los Proyectos de Aplicación Profesional	2
Resumen	2
1. Introducción	4
1.1. Objetivos	4
1.2. Justificación	4
1.3 Antecedentes	4
1.4. Contexto	8
2. Desarrollo	9
2.1. Sustento teórico y metodológico	9
2.2. Planeación y seguimiento del proyecto	20
3. Resultados del trabajo profesional	38
4. Reflexiones del alumno o alumnos sobre sus aprendizajes, las implicaciones éticas y los aportes sociales del proyecto	365.
Conclusiones	41
6. Bibliografía	42

REPORTE PAP

Presentación Institucional de los Proyectos de Aplicación Profesional

Los Proyectos de Aplicación Profesional (PAP) son una modalidad educativa del ITESO en la que el estudiante aplica sus saberes y competencias socio-profesionales para el desarrollo de un proyecto que plantea soluciones a problemas de entornos reales. Su espíritu está dirigido para que el estudiante ejerza su profesión mediante una perspectiva ética y socialmente responsable.

A través de las actividades realizadas en el PAP, se acreditan el servicio social y la opción terminal. Así, en este reporte se documentan las actividades que tuvieron lugar durante el desarrollo del proyecto, sus incidencias en el entorno, y las reflexiones y aprendizajes profesionales que el estudiante desarrolló en el transcurso de su labor.

Resumen

Esta investigación consiste en el análisis de tres espacios públicos de gran relevancia histórica, urbana y cultural para el Área Metropolitana de Guadalajara (AMG). Se trata de tres proyectos realizados en el siglo XX por tres grandes arquitectos: el Parque de la Revolución (Luis Barragán) de 1934; la Cruz de Plazas (Ignacio Díaz Morales) de 1947–1959, y el Mercado Libertad (Alejandro Zohn) de 1958, con la finalidad de comprender el papel que cumplen en la sociedad contemporánea, así como descubrir su vigencia en la Guadalajara actual.

1. Introducción

1.1. Objetivos

La arquitectura es el testigo insobornable de la historia...

—Octavio Paz

Revisar y analizar tres grandes proyectos urbanos-arquitectónicos realizados en el siglo XX en el Área Metropolitana de Guadalajara (AMG) para comprender los cambios de esta ciudad y sus implicaciones sociales. Así, al analizar el Parque de la Revolución, de Luis Barragán (1935), la Cruz de Plazas de Ignacio Díaz Morales (1947–1959) y el Mercado Libertad, de Alejandro Zohn (1958), se busca entender los cambios que han sufrido estos espacios públicos a través del tiempo y la función que cumplen en la actualidad. Se trata de reentender a la arquitectura como integradora de una sociedad, así como dar a conocer la evolución de estos espacios públicos y su devenir hasta la actualidad.

1.2. Justificación

¿El espacio público ha hecho a la ciudad o la ciudad ha hecho al espacio público? “No hay ninguna lógica que pueda ser impuesta a la ciudad; la gente la hace, y es a ella, no a los edificios, a la que hay que adaptar nuestros planes”, dice Jane Jacobs (1961). Jacobs plantea a la gente como la principal causante de los cambios de la ciudad, pero ¿cuál es la influencia y los alcances que tiene realmente el espacio público en la dinámica social?

En Guadalajara son varios los arquitectos tapatíos que han dotado de carácter a la ciudad y que tienen renombre en la ciudad, en el país e inclusive a nivel internacional, cada uno con sus peculiaridades, entre ellos están Alejandro Zohn, Luis Barragán e Ignacio Díaz Morales. Estos arquitectos han forjado a la Guadalajara actual y son objeto de admiración y análisis. Sin embargo, al hablar del Mercado Libertad (San Juan de Dios), de la Cruz de Plazas y del Parque Revolución, debemos preguntarnos: ¿han cumplido con su cometido?

La importancia del espacio público es de interés común y cómo se vive es de fundamental importancia para poder comprender una ciudad caótica como Guadalajara y hacia dónde va el espacio público en ella.

1.3 Antecedentes

Guadalajara es una metrópolis en constante cambio, que ha crecido sin límites aparentes y donde los problemas de una sociedad compleja y caótica se van resolviendo sobre la marcha, al “ai se va” en algunos casos.

Desde la conquista, asentada en el Valle de Atemajac, Guadalajara ha sido una de las ciudades con mayor progreso y relevancia en el país, debido a su situación geográfica y ciertas condiciones políticas que la han llevado a ser una capital comercial y un centro económico de gran importancia para el país.

El siglo XX es un parteaguas para la modernización de la ciudad de Guadalajara y su área metropolitana. El gobierno de Jesús González Gallo, desde 1940, consideró de vital importancia la creación de espacios públicos para el crecimiento y desarrollo integral de la ciudad y sus habitantes(Ruiz, 2013).

El Parque de la Revolución

El Parque de la Revolución, o Parque Rojo, surge a partir de un concurso que se lanza en 1934 en la zona poniente del centro de la ciudad, buscaba sustituir a la Penitenciaría de Escobedo e integrar a las zonas residenciales aledañas al parque (Peña Iguarán, 2013).

En los terrenos donde se encontraba la Penitenciaría de Escobedo se llevó a cabo un proyecto urbano que fue una carta de presentación del modernismo en la ciudad de Guadalajara. En éste intervinieron Luis y Juan José Barragán, Pedro Castellanos e Ignacio Díaz Morales, entre otros. “Un equivalente fue la famosa colonia de Stuttgart, la Weissenhof, si bien carente de un plan organizado previamente con este pequeño propósito como en el caso alemán” (Ayuntamiento de Guadalajara, 2001).

En el proyecto urbano se integraron diversos estilos en una búsqueda por explorar las nuevas posibilidades que aportaba el panorama internacional, en donde los arquitectos formaron parte del desarrollo experimental de la zona.

Ganadores de este concurso, Luis Barragán y su hermano Juan José comenzaron en 1935 la construcción del Parque Revolución, proyecto que con el tiempo y con base en las necesidades urbanas y sociales se modificaría drásticamente.

Con el paso de los años el parque ha sufrido algunos cambios, por ejemplo, en los años cuarenta se quitó una glorieta central, en los cincuenta se demolieron los juegos infantiles, en los setenta se quitaron 20 metros para abrir la avenida Federalismo y en 1992 se construyeron las entradas al tren ligero. Además, durante todo este tiempo fueron sustituidas las fuentes originales por otras (Tovar, 2015).

La Cruz de Plazas

La Cruz de Plazas es un proyecto urbanístico que surge como un plan de “unificación” en el que se pone por encima la valoración del espacio público sobre la conservación del patrimonio histórico de la ciudad. Para este proyecto se derribaron edificios de gran relevancia en las cuatro manzanas intervenidas, en la búsqueda de dotar de plazas a esa zona, formando en planta una cruz latina con la Catedral en su centro.

Para comprender el espacio urbano que vemos actualmente en la Cruz de Plazas tenemos que entender el proceso histórico por el que ha pasado el área donde se ubica, que es una de las más antiguas y más relevantes a través de la historia de la ciudad.

Para empezar, tenemos que hablar de la Plaza Mayor. Ahora conocida como Plaza de Armas, fue en su tiempo el espacio urbano que dictó la cuadrícula de la ciudad, establecida en frente de la primera catedral e iglesia de Guadalajara (actualmente Palacio de Justicia del Estado), y alrededor de las casas reales. El crecimiento de la ciudad surge a partir de este punto.

En 1618 la actual catedral de Guadalajara vino a sustituir un templo muy modesto (por no decir jodido), hecho con muros de adobe y techo de paja, que para el año de 1574 sufrió un incendio; en 1716 pasó a consagrarse como catedral de la ciudad, relegando de su función a la antigua Catedral de San Miguel.

La Plaza de Armas se convirtió en el espacio predilecto de Guadalajara, en donde se llevan a cabo las actividades sociales más importantes para sus habitantes; un punto de encuentro y un punto de partida para la ciudad. En sus orígenes a principios del siglo XVII tuvo la función de mercado y lugar para impartir sanciones y penas máximas a delincuentes, después fue punto de encuentro y recreación, con la instauración de una fuente para el uso y aprovechamiento del pueblo en su centro. De igual manera, albergó eventos de carácter taurino, a falta

de una plaza de toros. A finales del siglo XVIII fue un punto de comercio informal, que pronto sería reacomodado por aspectos estéticos y funcionales.

En la segunda mitad del siglo XIX se instalaron farolas y árboles alrededor de la plaza. Poco después se construyó un kiosco central y cuatro fuentes que lo rodean. La plaza era un importante punto de encuentro social, con una dinámica de segregación centro–periferia, al igual que la dinámica urbana que predominaba en la ciudad, colocando a la clase alta en el núcleo del espacio y a la clase baja en sus alrededores. En este siglo se amplió la plaza situada en frente de la catedral y se pavimentó la nueva área pública, obra posible gracias a la demolición de edificios (López Moreno, 2001).

Díaz Morales se interesa por el urbanismo, y concibe en 1936 la Cruz de Plazas en torno a la catedral tapatía, que habría de hacerse realidad quince años más tarde. En todas sus obras, casi desde el comienzo, Díaz Morales lleva a sus extremos el desnudamiento, la depuración de funciones y de formas, la honestidad como principio plástico, cualidades, que, tal vez a pesar suyo, no impedían el que su alma romántica se colara por todos los rincones (De Anda Alanís, 1989).

El Mercado Libertad

Desde los orígenes de la ciudad, al oriente del río de San Juan de Dios se conformó un área donde se concentraba la vivienda popular para la clase trabajadora, el comercio de carácter informal y servicios limitados para la gente que la habitaba. Al haber sido siempre parte de la zona menos privilegiada de la ciudad, el río fue y continúa siendo una división física y social.

Comenzado a finales del siglo XIX y terminado en 1925, el entubamiento del río San Juan de Dios se hizo con fines urbanos y de sanidad. La obra implicó una serie de cambios físicos y sociales en la ciudad. La reestructuración urbana que conlleva el entubamiento del río fue la más importante de esa época. Con base en el eje del río (siempre utilizado como referente para la ciudad), se construyó una gran avenida que trajo consigo una serie de proyectos de adaptación a una nueva traza urbana. La irregularidad de los terrenos fue responsable de una traza diagonal, paralela a la avenida que se alejaba completamente de la traza reticular que dio origen a la ciudad, después reflejado en un crecimiento urbano complejo y desordenado.

En el siglo XVIII, asentado en el centro de la iglesia de San Juan de Dios, el hospital y la plaza de toros, surgió un tianguis que buscaba satisfacer las necesidades comerciales de la zona, Sin estructura ni orden, más bien en condiciones deplorables. en éste imperaba el comercio informal rodeado de suciedad y basura, mezclada con las artesanías y comida que se vendía en puestos improvisados.

Pasearse por esa zona era, en verdad, darse un baño de realidad. De aquella realidad.

Fue una oportunidad de diferenciar lo que era digno de amor y respeto, y de sanear lo que debería de ser saneado y mejorado.

—Alejandro Zohn, 1999

El Mercado Libertad vino a sustituir a dos mercados preexistentes que no se adaptaron a la dinámica social predominante en la zona. La cual respondía a una alta demanda de productos con una oferta limitada y de mala calidad. En ella se vivía un ambiente de tianguis que era desde entonces parte de la identidad del barrio y el comercio se desarrollaba con mayor libertad al exterior, permitiendo la ubicación de un mayor número de puestos.

El proyecto surgió en la tesis de Alejandro Zohn con la intención de proporcionar un espacio digno al comercio informal y crear un lugar donde se pudiera mantener la esencia de la zona y la semblanza de un mercado callejero que funcionara como “una extensión del espacio urbano”, de acuerdo con González Gortázar (1975).

En 1958 llegó la culminación de la obra de Alejandro Zohn, que, con una comprensión holística de su contexto, proponía un mercado que contenía la esencia del barrio y su historia. Como dijo Miquel Adrià, el mercado significó la construcción *una ciudad dentro de una ciudad*.

1.4. Contexto

En el AMG existe una desproporción entre la relación espacio público contra los habitantes, desproporción que con el tiempo ha aumentado y va dejando secuelas nocivas y sin soluciones, hasta ahora. Además está la subutilización de estos espacios y áreas públicas en mal estado, aspectos que han propiciado el abandono

de zonas habitacionales, dejando que el comercio se apropie de éstas, con zonas habitadas durante el día y abandonadas por las noches, propiciando el incremento de la inseguridad y fomentando la dinámica de segregación que existe en la ciudad desde sus orígenes.

El origen de los tres espacios analizados, el Parque de la Revolución, de Luis Barragán (1935), la Cruz de Plazas, de Ignacio Díaz Morales (1947–1959) y el Mercado Libertad, de Alejandro Zohn (1958), se da en una época en que la ciudad era más pequeña y menos caótica en su funcionamiento, pero con la necesidad de estos espacios para una Guadalajara que, sin embargo, crecía de manera incesante.

Con el tiempo, no parece haber un cambio evidente ni propuestas concretas para acrecentar y mejorar el espacio público del AMG, que actualmente cuenta con 4.7 metros cuadrados de áreas verdes per cápita, según estudios de la Sedesol (2010), mientras que la OMS sugiere que lo óptimo es entre 9 y 15 metros cuadrados. El desarrollo urbano es algo que nos atañe a todos y merece detenimiento y comprensión, la construcción del futuro de la ciudad es una responsabilidad social.

2. Desarrollo

2.1. Sustento teórico y metodológico

Existe una relación intrínseca entre el espacio público de las ciudades y quienes lo habitan, no se puede concebir uno sin el otro. Éste tiene la función de articular a la ciudad, aunque actualmente la vida pública se ha trasladado a otros lugares, como las grandes plazas comerciales. Pérez Bourzac lo ilustra como “el espacio público contemporáneo” (2018).

El uso y la responsabilidad de estos espacios reside actualmente en manos de la clase popular, que, por su menor poder adquisitivo, hace que se rodee de servicios y comercio de menor calidad y con el tiempo termina por reflejarse en la estética de la ciudad.

El modelo de ciudad moderna promueve el desuso del espacio público y la privatización de la vida pública. La ciudad ya no sirve como espacio público. Las clases acaudaladas tienen una nueva forma de vivir. Reinan los fraccionamientos, que al igual que la trama urbana y el ámbito social, reflejan una sociedad dividida. La ciudad se desarrolla de manera contradictoria porque busca solventar

necesidades o cumplir caprichos que se contradicen. “Si queremos conocer la ciudad, debemos primero conocer algo sobre la sociedad a que pertenece...” (Reismann, 1972).

La sociedad y su trazo se pueden entender como las relaciones existentes entre las clases sociales, los núcleos urbanos y la función que cumplen dentro de un sistema en perpetua transformación.

Para hablar de cada caso en específico primero tenemos que definir el espacio público y ofrecer una visión general sobre la conformación del AMG. En este caso analizaremos los sucesos del siglo XX que marcaron el desarrollo del AMG.

El espacio público supone, pues, dominio público, uso social colectivo y multifuncionalidad. Se caracteriza físicamente por su accesibilidad, lo que le hace un factor de centralidad. La calidad del espacio público se podrá evaluar sobre todo por la intensidad y la calidad de las relaciones sociales que facilita, por su fuerza mixturante de grupos y comportamientos y por su capacidad de estimular la identificación simbólica, la expresión y la integración culturales. Por ello es conveniente que el espacio público tenga algunas calidades formales como la continuidad del diseño urbano y la facultad ordenadora del mismo, la generosidad de sus formas, de su imagen y de sus materiales, y la adaptabilidad a usos diversos a través de los tiempos (Borja, 1998).

Considerada desde los comienzos del siglo XX una de las ciudades con mayor relevancia del país y la segunda más importante en cuanto a población y superficie, en 1910 Guadalajara tenía una población de 119,468 habitantes en una extensión de 1,220 hectáreas, mientras que la capital de México contaba con 471,000 habitantes.

Guadalajara ha oscilado siempre entre dos versiones de ciudad: una donde ha florecido el comercio, con un desarrollo económico y urbano constante, y otra con barrios marginados, inmigrantes asentados en las periferias, de mercados y tianguis. “Es una ciudad dividida y llena de contrastes que ha visto realidades diferentes en uno y otro lado de los cauces del ex río de San Juan de Dios” (Núñez Miranda, 1999).

¿Hasta qué grado los diversos intereses políticos y económicos influyen en la organización urbana? El desarrollo de Guadalajara se basó en un modelo europeo impulsado por Porfirio Díaz y su círculo de intelectuales. El “afrancesamiento” en el centro de la ciudad era muy evidente, con más bases estéticas que funcionales, mientras que en las periferias era notoria la segregación y el mal estado de la infraestructura.

Guadalajara era entonces una ciudad en desarrollo en la que se valoraba más el capital extranjero que el regional, con la idea de que la dependencia económica traería el progreso nacional, una idea defendida por una burguesía naciente. Así, pocos tenían mucho y muchos tenían poco (Beato, 1986).

Esa época de crecimiento consideraba vital la modernización de los principales centros urbanos, comenzando por la capital del país y continuando con Guadalajara. La creación de obras públicas y edificios oficiales fue de gran importancia, al igual que la luz eléctrica, las carreteras, los telégrafos y las vías férreas.

Con el progreso y la industrialización de las ciudades comienzan cambios sin precedentes. Gran parte del sector rural se traslada al contexto urbano para buscar una mejor calidad de vida y mayor acceso a los servicios. La población comienza a crecer a un ritmo acelerado, lo que se refleja en el ámbito urbano.

En los alrededores se encontraban los pueblos indígenas de Mexicaltzingo, Analco y Mezquitán, los cuales se absorbieron hacia 1900 para formar parte de la ciudad, aunque sin gozar de los mismos privilegios. Los habitantes de estos pueblos pertenecían a las clases trabajadoras y tenían como vecinos a los pueblos y municipios de Zapopan al norponiente y, al suroriente, el de San Pedro Tlaquepaque.

El territorio de Guadalajara estaba seccionado en torno a las áreas verdes que servían de plazas o jardines públicos. Tal era el caso del Jardín Núñez frente al templo de San José de Gracia; la Plazuela de la Universidad; el Jardín de San Francisco cercano a la estación de ferrocarriles el jardín de Escobedo, frente a la penitenciaría del mismo nombre —hoy Parque de la Revolución—; el jardín del Santuario; el jardín Botánico frente al hospital de Belén y grandes espacios arbolados como el Agua Azul y la Alameda —hoy Parque Morelos—; al poniente, en

las orillas se encontraban Los Colomos, que en forma incipiente se estaba arbolando (Núñez Miranda, 1999).

En la ciudad regían la horizontalidad, la homogeneidad y el orden, con una traza colonial, donde el centro tiene calles orientadas de norte a sur y de oriente a poniente, perdiendo su regularidad en los barrios de Mezquitán, Analco, Mexicaltzingo y San Juan de Dios, debido a cuestiones topográficas.

Con un río que nacía en la presa del Agua Azul y continuaba hasta el norte en la barranca de Oblatos, se dividía la ciudad en términos físicos y sociales. La separación de clases era notoria y la segregación fue un elemento indivisible del desarrollo urbano en Guadalajara.

Con cambios en la imagen urbana que pretendían atraer al turismo, se abren calles, se entuba el río San Juan de Dios, se reconstruye la Alameda (hoy parque Morelos) y se extiende un paseo que llegaba hasta el Agua Azul, que después pasaría a ser el paseo Porfirio Díaz (actualmente Calzada Independencia).

Siempre con el objetivo de mejorar y embellecer la ciudad, son las mejoras o cambios las que poco a poco modifican el aspecto de Guadalajara, desde su trazo, hasta el sentido de identidad y homogeneidad que la caracterizaban. La ampliación de calles y banquetas que buscaban dar prioridad a la circulación del automóvil, tuvieron como consecuencia la pérdida de edificios patrimoniales. Modelo que surgió con el nacimiento de nuevas colonias como la Americana y la Francesa que consideraban amplias calles y banquetas (Núñez Miranda, 1999).

Por otro lado, se consideró el arbolado en las aceras para comunicarse con el nuevo modelo de casas de las nuevas colonias, donde los jardines ahora formaban la nueva imagen urbana que sería la responsable del arbolado parcial existente en la ciudad hasta la actualidad.

En esta época los desarrolladores gozaban de beneficios. Controlados por un ingeniero, encargado de tomar medidas para conformación urbana, se crean colonias como la Reforma, Moderna y Artesanos, que buscaban reflejar progreso y modernización en la ciudad y que ya aparecían en los planos de 1908.

La segregación social se hace presente en el crecimiento de la ciudad, con el nacimiento de las nuevas colonias, siendo las primeras en desarrollarse: La Francesa y la Americana (1898), donde más que pertenecer a la ciudad, pretendían separarse de lo existente.

Por otro lado, se establece una colonia con vivienda tradicional que nace con el fin de satisfacer el crecimiento poblacional de ciudad, la colonia Artesanos, que hacía referencia a las actividades que se llevaban a cabo por la gente que la habitaba.

La ciudad se dividía en “cuarteles” o barrios para su organización, donde cada cuartel contaba con comisarios o alcaldes que se encargaban del mantenimiento y orden público de la ciudad.

En el centro, predominaba el estilo ecléctico, el comercio se desarrollaba en los portales y en la planta superior, la vivienda. El centro se entendía como uno, el paisaje urbano era homogéneo y se mantendría casi intacto hasta la reestructuración que se llevó a cabo en el gobierno de Jesús González Gallo.

Después de 1908 algunas familias comienzan a moverse a nuevas colonias en la periferia y a romper con el modelo de casa de la época (de tipo árabe-andaluz). Ahora se hacían casas céntricas, con jardines a los lados que permitían la ventilación y vistas al exterior, sustituyendo la interiorización que sucedía con los patios centrales. Este desplazamiento fue, una vez más, para separarse de la ciudad y su forma de vivir, en pro de la segregación, inclusive alejándose en la forma de vivir de la casa tradicional (Núñez Miranda, 1999).

Mientras tanto, en el barrio del Santuario se encontraban artesanos, empleados, profesionistas y estudiantes, y en el de Analco, jornaleros, comerciantes y albañiles; junto a los patios del ferrocarril se encontraba la zona fabril.

La periferia era habitada por inmigrantes provenientes de Los Altos, del sur de Jalisco o de Nayarit, una zona donde no pasaba inadvertido el cambio, con calles de tierra, vivienda modesta y poco o nada de servicios públicos.

El modelo de urbanización que se plantea con base en el mercado inmobiliario y la separación de clases sería fundamental en el desarrollo urbano de Guadalajara, influyendo no sólo en el crecimiento de la ciudad, sino también en el plano psicosocial, donde podemos entender a Guadalajara como una sociedad dividida en dos clases sociales, lo que se ve reflejado física y mentalmente, donde existe un sentir de desprecio hacia la pobreza y una búsqueda interminable de pertenecer a la clase alta de la ciudad, cosa que continúa vigente hasta nuestros días, y en ese momento, con la separación al poniente de la clase burguesa que comenzaba a hacerse notar, con espacios residenciales, y al oriente y sur, a la clase trabajadora en colonias populares.

Otro de los aspectos que promovió el crecimiento poblacional de la ciudad fue la Guerra Cristera, que de 1926 a 1929 provocó el desplazamiento de las zonas rurales hacia las urbanas debido a la inseguridad y falta de recursos.

La ciudad se divide en cuatro sectores a partir de 1917, trazados a partir de dos ejes perpendiculares, dos para el lado poniente de la ciudad: Juárez e Hidalgo, y dos para el oriente: Reforma y Libertad.

En los decenios de 1920 y 1930 las modificaciones en la ciudad se realizan con base en la comodidad del vehículo, cuando el tránsito y su comodidad fueron las bases del desarrollo urbano, con casos como el de la apertura de la calle Juárez, que pretendía conectar diversas zonas de la ciudad y que partió en dos a la Penitenciaría de Escobedo (hoy Parque de la Revolución).

En 1920 se reorganiza la traza urbana de la AMG cuando se entuba parcialmente el río de San Juan de Dios, para dar origen al Paseo Porfirio Díaz, la remodelación del parque Agua Azul, al mismo tiempo que se llevaba a cabo el reordenamiento de vialidades con base en el eje del ferrocarril, que corría de oriente a poniente, estableciendo a la colonia Morelos (ubicada al sur de las vías) como zona comercial e industrial, debido a su cercanía con las vías para la carga y descarga de productos.

La demanda de vivienda genera en 1920 diez asentamientos, que, en su mayoría eran de carácter popular, debido a la distribución desproporcionada de las riquezas en la ciudad y a la segregación existente. Se establecen las áreas de vivienda en la cercanía del Agua Azul y de San Juan de Dios (Núñez Miranda, 1999).

Comienza a aparecer un discurso de transformación más visible y las consecuencias de una ciudad definida por los desarrolladores salen a flote cuando comienza la especulación de los terrenos. Ahora el cambio no sólo beneficia a los ciudadanos y desarrolladores, sino también al gobierno, buscando obtener recursos para desarrollar a cabo las diversas propuesta de la administración en curso.

Esta práctica desembocó en la transacción de terrenos de carácter público hacia el ámbito particular. Práctica que no ha cesado desde entonces, en beneficio del gobierno y, a través del tiempo, visible en diversos casos. Entre ellos, los terrenos pantanosos ubicados cerca del Agua Azul, que pasarían a ser viviendas en la colonia llamada igual que el parque; los terrenos alrededor del parque Metropolitano, donde se vende una tercera parte para mantener el área restante, y

en Los Colomos, donde ahora se ubica el fraccionamiento Puerta de Hierro, sobre un arroyo del mismo bosque.

Para 1930 podemos apreciar la existencia de dos cuerpos verdes relevantes dentro de la ciudad, el Agua Azul, aunque con un lago que desaparece, continúa siendo de gran importancia, y la Alameda (ahora parque Morelos), que servían como espacios de recreación para los habitantes de la ciudad.

La reducción de estos espacios comienza con la desaparición del parque de la Perla, al lado oriente de la Alameda, sustituido por una fábrica; en el Agua Azul, con el fraccionamiento para vivienda de las áreas pantanosas de la zona, así como con la desaparición del Bosque de los Eucaliptos, que delimitaba a la colonia Obrera.

La urbanización de espacios de carácter público, designados como áreas verdes para la ciudad se convirtió en práctica común en la época, haciendo un hábito el construir en lugares no aptos por sus cualidades físicas o la ubicación propuesta.

En 1933, durante el gobierno de Sebastián Allende en Jalisco, se decreta la Ley de Cooperación, planeación y obras públicas en el estado, con el fin de regular los centros urbanos y por sus características urbanas, especialmente a Guadalajara.

Esta ley establecía la corresponsabilidad económica en el desarrollo de la ciudad entre desarrolladores y propietarios involucrados y el gobierno, pensando en que el beneficio sería mutuo. Para el gobierno, con el fin de embellecer la ciudad, y para los desarrolladores o propietarios gracias a la plusvalía que la zona adquiere después del cambio.

La reestructuración de la ciudad, el mejoramiento y el desarrollo de infraestructura para embellecer la ciudad fueron las bases de la iniciativa. Durante este tiempo se llevaron a cabo las obras de alumbrado, la instauración de redes de agua potable y alcantarillado, así como la construcción de calles y carreteras.

En 1940 la ciudad tenía una extensión de 2,620 hectáreas y 229,226 habitantes. El crecimiento se daba a un ritmo más acelerado debido a las condiciones demográficas, naturales y migratorias, así como a la creciente industrialización y al establecimiento de Guadalajara como punto de referencia para el comercio y servicios en el país.

Durante el gobierno de Silvano Barba González (1939–1943) se expide la ley de Urbanización del Estado de Jalisco, en donde se establece un plan regulador

para evitar el crecimiento descontrolado que se llevaba a cabo en la ciudad de Guadalajara.

Se plantea la reubicación de la industria, la construcción de centros de actividades urbanas y la homogeneización de la construcción, así como la consideración del anillo periférico como vía de descongestión de la ciudad y como límite. Con el fin de establecer un estilo de arquitectura tapatía (que surge con la Escuela Tapatía de Arquitectura), respetar y revalorar el patrimonio histórico, así como mejorar la calidad de vida de los ciudadanos, conectando vialmente a la ciudad.

En 1943 se realiza el plano regulador de Guadalajara, precedente para los planos de desarrollo urbanos de la ciudad, pensando en el crecimiento de la ciudad a futuro y su crecimiento planeado. El proyecto no se llevó a cabo, pero fue el punto de partida para los planes oficiales del gobierno de González Gallo.

Con el fin de tecnificar a la industria y agricultura de la ciudad, en la presidencia de Miguel Alemán (1946–1952) se hace hincapié en el desarrollo material, plan que se lograría mediante la construcción de infraestructura y puesto en la praxis en Guadalajara en el gobierno de González Gallo, quien se encargaría de reestructurar la ciudad y lograr su crecimiento y desarrollo urbano.

Los cambios más importantes se efectúan en el centro histórico, encargados al ingeniero y arquitecto Ignacio Díaz Morales y el ingeniero Jorge Matute Remus. Siguiendo las bases de la escuela tapatía, a partir de un sistema de urbanización basado en el funcionalismo heredado por arquitectos como Le Corbusier, Mies Van Der Rohe y Walter Gropius, con lo que se buscaba facilitar el tránsito de los vehículos mediante el trazo de ejes ubicados de forma estratégica.

Buscando liberar de saturación la imagen urbana del centro histórico e integrar el espacio público con la forma de vivir de la sociedad de Guadalajara, Díaz Morales propone la intervención del espacio que rodeaba la Catedral con la idea de crear un área en dónde pudiera convivir la gente y servir a la ciudad como un punto de encuentro.

El proyecto que sería ejecutado por Matute Remus incluía la demolición de edificios patrimoniales que rodeaban a la catedral para generar tres nuevas plazas (sólo existía la Plaza de Armas), proyectando una cruz en planta, conformada por cuatro plazas, que pretendía unificar la zona mediante espacios abiertos y, por otro

lado, la proyección de la ampliación de la calle Juárez, que implicó el difícil traslado de un edificio de 12 metros para poder permitir el trazo ininterrumpido de la avenida.

El desarrollo del centro histórico no sólo se hizo con la finalidad de mejora social, sino que benefició a los inversionistas, a propietarios de inmuebles y al gobierno, pensando en la plusvalía que esas modificaciones traería.

En una entrevista con Beatriz Núñez, Alejandro Zohn (1994) dice que las modificaciones se hacen sin una conciencia y valoración del patrimonio histórico, considerando otros valores vigentes en esa época.

La población aumenta exponencialmente y con ella la oferta de lotes; la urbanización crecen sin cesar en las siguientes décadas. Para 1950 la ciudad crece casi el doble que diez años antes, con 4,180 hectáreas y 330,226 habitantes, y se duplicaría en 1960, con 9,047 hectáreas para 740,394 personas, y en 1970 se multiplica casi 20% la extensión territorial, con 11,005 hectáreas que contenían a 1,199,391 habitantes. La ciudad crece a pasos agigantados y continuará haciéndolo hasta la época de este análisis.

En 1950 los fraccionamientos y colonias se expanden hasta abarcar el municipio de Tonalá en forma de asentamientos irregulares, desplazando las zonas antes dedicadas a la agricultura y dificultando la urbanización por la dificultad de llevar servicios a esta zona.

En la administración de Agustín Yáñez (1953–1958) se continúa el desarrollo de proyectos de infraestructura y de carácter público, entre ellos la Plaza Juárez, el Mercado de Abastos, el Auditorio Benito Juárez, el Palacio Federal y el estadio de Jalisco, así como la Casa de la Cultura, Biblioteca Pública, la Escuela Nacional de Jalisco y la Glorieta Guadalajara (conocida ahora como Glorieta Minerva).

Con estas modificaciones urbanas se transformó también la dinámica del centro, volviéndose hacia un giro más comercial en donde no había mucho espacio para la vivienda, provocando el traslado de la gente a nuevas áreas para vivir.

Hacia 1960 la expansión de la ciudad se genera en todas las direcciones y Guadalajara se expande hacia los municipios de San Pedro Tlaquepaque y Zapopan, con una ciudad delimitada por el anillo Periférico, el cual se vería rebasado por el crecimiento descontrolado que no permitía a la gente acceder a vivienda en el círculo interior de la ciudad y, que a través de la historia había acostumbrado alojar a los menos privilegiados de la pirámide social.

También por esta década se construye el primer condominio de la ciudad, ubicado en la Av. 16 de Septiembre y Niños Héroes, seguido por la torre del Hotel Hilton. De igual manera, la Plaza del Sol se establece como el primer centro comercial de la zona tras su culminación en 1969. Las nuevas tipologías reflejan la búsqueda de una Guadalajara modernizada con ambiciones de ser una metrópoli para el país.

En los años setenta se reevalúa la dinámica de la ciudad, se ponen en cuestión los aspectos a mejorar dentro del ámbito urbano y se apuesta por el transporte público. Se construye el túnel del tren eléctrico subterráneo y se crea un nuevo eje vial para la ciudad, la avenida Del Federalismo, que constaba en un eje de más de 5,300 metros, se tuvieron que demoler cientos de propiedades para su realización, conservando muy poco a su paso, como fue el ejemplo del Templo del Refugio.

En 1982 surge el plan de ordenamiento de la zona conurbada, reglamentando el AMG y los municipios conurbados. Esta iniciativa buscaba tener un control sobre un crecimiento que parecía ser definido por las personas, sin consideraciones sobre el aspecto y funcionamiento de la ciudad, donde los asentamientos irregulares eran más que comunes, la demolición, construcción y modificación de espacios servía a la necesidad de los propietarios, sin tener una visión como sociedad, ni una consideración al crecimiento y futuro urbano.

En el mismo año, en el ámbito del espacio público se inaugura la Plaza Tapatía, proyecto realizado por Díaz Morales que venía a modificar la trama urbana existente. Un modelo de macropiazza (que luego sería replicado en el país) en donde se pretendía unificar la zona oriente y poniente de la ciudad, dividida física y socialmente. Esto, mediante la edificación de espacios de comercio, en conjunto con áreas públicas abiertas que servían para unir y revitalizar los edificios del Teatro Degollado y el Hospicio Cabañas.

Por un lado, el aspecto positivo del proyecto recae en el uso que hasta hoy en día tiene, cumpliendo con la unión de dos espacios y la utilización del área de tránsito, así como la conexión del proyecto con áreas que antes estaban olvidadas. Sin embargo, en el aspecto negativo observamos la inseguridad que se produjo en el centro, donde se terminó por ahuyentar a la gente que aún vivía en la zona y conformó al centro como un área de comercio formal e informal, al igual que la

destrucción de ciertos espacios patrimoniales que existían en la zona, como el caso de la Plaza de Toros.

En la presidencia de José López Portillo (1976–1982) se aprobó el Plan Nacional de Desarrollo Urbano, del cual surgió el Plan Estatal de Ordenación y Regulación de los Asentamientos Humanos (1978–1983), en el que se hacía hincapié en frenar el crecimiento urbano de Guadalajara y fomentar el desarrollo del estado de Jalisco. Se logra controlar el crecimiento en ciertas partes de la ciudad, sin tener el mismo efecto en las periferias.

El crecimiento poblacional y económico en la ciudad era constante y Guadalajara parecía mantenerse como una metrópolis en formación. “La mancha urbana de Guadalajara continuó expandiéndose; en el decenio 1980–1990, la ciudad requirió cada año de 600 a 900 hectáreas de suelo urbano para su desarrollo. Esta proporción equivale a construir cada año una población como Lagos de Moreno o Tepatitlán” (Núñez Miranda, 1999).

En la administración de 1995–1997 se crea una nueva división territorial, que sustituye a las cuatro zonas anteriores, que eran Juárez, Hidalgo, Libertad y Reforma, por siete zonas nuevas: Zona 1 (Centro metropolitano), Zona 2 (Minerva), Zona 3 (Huentitán), Zona 4 (Oblatos), Zona 5 (Tecnológico), Zona 6 (Tetlán) y Zona 7 (Industrial), división que tenía como finalidad la accesibilidad administrativa para cada zona en relación con los usos existentes de suelo y centros urbanos en la ciudad.

La suburbanización y segmentación de la ciudad son producto de un designio corporativo–estatal en el que la relevancia del transporte público y su función en la dinámica social quedan relegadas con el fin de que los desarrolladores y el gobierno construyan un sistema vial para conectar a la ciudad en donde la principal consideración es el automóvil, aprovechando el control del mercado mediante la especulación para destruir los centros urbanos y trasladar la población a las periferias.

El modernismo ha impuesto al espacio público y a la ciudad el aspecto funcional por encima de todo, valorando el sentido colectivo por encima del sentido individual, dictando la función de los habitantes dentro de una sociedad. En Guadalajara, como resultado, manteniendo su relevancia económica dentro del país, a costa de perder su identidad en relación con la trama urbana que le dio origen.

Aunque con espacios importantes, no existe un lenguaje visible ni una planeación que busque dar sentido a la ciudad como un organismo, sino que parece que la fragmentación urbana y social siguen presentes a pesar de los intentos que se han llevado a cabo para unificarla.

La Guadalajara de los desarrolladores parece continuar por definir el rumbo incierto que veremos con el paso del tiempo. La mezcla de modelos urbanos y la falta de adaptación a su contexto han sido parte de los elementos que han llevado al desaprovechamiento de la ciudad, donde no se valora el espacio público existente y se sigue “planeando” para el automóvil. “Guadalajara se convirtió en una urbe de concreto, donde la prioridad la tiene el transporte automotor” (Núñez Miranda, 1999).

2.2 Planeación y seguimiento del proyecto

Realizar recorridos personales, descritos textualmente en forma de crónicas con las que se documenten los lugares seleccionados para el análisis, con lo que se busca comprender las relaciones existentes en ellos, su entorno y la experiencia vivida.

Un texto presentado en forma de ensayo sobre los espacios analizados para presentar las observaciones del trabajo, crear conciencia sobre el valor de los lugares públicos e invitar a la gente a re habitar los mismos de manera cotidiana, a re apropiarse de la ciudad.

Crear de manera personal dibujos fenoménicos de recorridos sensoriales de cada lugar. Esto significa que, mediante un recorrido concienzudo realizado en cada espacio se busca plasmar sobre papel las sensaciones producidas en el recorrido, en una relación espacio-contexto-usuario, intentando no caer en representaciones literales, sino en un objeto gráfico que explore la representación de los sentidos y emociones.

Plan de trabajo:

El trabajo de llevará a cabo en 3 etapas:

- Análisis de campo (recorrido y fotografías)
- Análisis de visitas (crónicas y edición de fotografías)
- Reflexiones y proceso creativo (ensayo, librito y dibujos)

Análisis de visitas

La Cruz de Plazas

Llego al centro a las 11:30, el día es nublado y el viento, fresco. La ciudad aquí se siente diferente de las zonas urbanas donde me suelo mover, algo que puedo notar cada vez que voy al centro, se siente más viva y más humana, aunque hasta cierto punto, ajena. Después de dar dos vueltas en la zona, dejo el coche en un estacionamiento a cuatro cuadras del Teatro Degollado, sin encontrar lugar. Me bajo del coche y camino entre casas, locales y edificios que aparentan ser lo que no son, que con uno que otro material y elementos arquitectónicos mal interpretados, quieren adaptarse al lugar, quieren pertenecer.

Me llama la atención el hotel de Mendoza en la calle Venustiano Carranza, que con fachadas con cantera en sus ventanas y planta baja parece intentar pertenecer a su entorno(no lo hace). Sin embargo, se ve vida dentro y fuera de él. Los taxis con su amarillo característico pasan y forman parte del paisaje, con una base afuera del hotel.

A un lado, se encuentra el templo de Santa María de Gracia, con una insignia donde se menciona su función como primera catedral de Guadalajara. Ahora, la gente entra y sale de ella para tomar fotos o dar un vistazo rápido sin mucho detenimiento. Una persona está sentada orando en una banca en la parte trasera, en un interior iluminado con barras de luces Led a los lados, algo que nunca había visto de esa manera. Sin embargo, no se siente fuera de lugar.

Mientras cruzo la calle hacia la parte trasera del teatro, empieza a llover y me resguardo bajo los pórticos que se ubican detrás del Teatro Degollado. La gente sigue pasando, aunque desciende mucho el flujo de las personas y coches. Algunas personas caminan sin paraguas, a paso veloz en los espacios abiertos y con la urgencia de llegar a un destino, otros caminan en pares, bajo un paraguas. Dentro del pórtico hay gente esperando a que baje la lluvia, al igual que yo. Se recargan en las columnas para descansar un poco y la gente que estaba sentada en las bancas en frente del edificio sigue platicando, observando la lluvia que cae y moja la cantera del piso, que pega con la fuente del teatro y con la escultura metálica que representa la fundación de la ciudad de Guadalajara. Comienza a llegar más gente que recorrió todo el pórtico de la Plaza Tapatía, caminando por todos los locales de vendimia que la flanquean.

Bajo el pórtico, mientras llueve, camino por las escalinatas cubiertas y me doy cuenta del carácter de esta plaza, también impulsada en su concepción por Ignacio Díaz Morales. A los lados, pórticos que resguardan a la gente del sol y de la lluvia, e invitan a pasar a sus locales de comida, tiendas y locales de ropa. Al centro se encuentra un andador con jardines y fuentes sin gran valor, pero que dan hogar a la vida en la plaza, al comercio informal, a la gente que vende artesanías y que con la lluvia detiene por completo sus actividades. Los edificios en la parte superior en mal estado parecen darle un sentido de poco valor, la inhabitabilidad del espacio vertical es lo que denota el descuido de los edificios y viceversa. Unos en peor estado que otros, todos dan a comunicar la falla en la dinámica propuesta en el proyecto.

Deja de llover, la gente comienza a pasar de nuevo por el centro de la Plaza Tapatía y el comercio informal que se escondía, sale de nuevo, yo también lo hago. En el regreso para ir hacia la Plaza de la Liberación me encuentro con un grupo de militares que parecían resguardar la zona, la escena parecía de película. Más adelante, algunos grupos de extranjeros pasaban en los *free tours* (tours para conocer la ciudad que se mantienen de la cooperación voluntaria de los asistentes) que guiaba un joven, contando datos sobre históricos del centro, en ese momento habló del patio de las casas de épocas coloniales.

Al caminar hacia el Degollado pensé que poca gente iba a estar en la plaza en frente del teatro, sin embargo, al comenzar a acercarme me di cuenta de la presencia de muchas personas, como si la lluvia no hubiera afectado esa zona. Unos llegaban a sentarse, limpiando los bancos mojados con la mano, otros tomando fotos, la mayoría sólo estaba de paso. La gente que está en el espacio público parece pertenecer al lugar, como si siempre hubiera estado ahí, como que sabe que es su ciudad, su espacio, su gente, su todo. Es una escenografía que hace parecer que sin importar el día, la misma gente que da esencia al lugar estará y que la dinámica funcionará de la misma forma.

En la Plaza Liberación la gente camina con un rumbo o con la sorpresa de turista de toparse con el teatro Degollado y su portada neoclásica, donde la gente se sienta a observar, a estar, a ocupar, a convivir. Unos comen, una pareja cruza sus piernas y se habla de cerca, probablemente de algo romántico. Otros inmersos en el celular, señores pasean con sus nietas, familias con niños pequeños parecen divertirse y una pareja con una niña aparenta tener la sensación de seguridad al ver a su hija jugar en la fuente mientras que los papás se sientan en una de las bancas,

que recientemente estaban mojadas y que secaron para poder sentarse. En una o dos bancas en la parte más lejana al Degollado y cerca de la catedral, uno que otro vagabundo se acuesta a descansar ya que cesó la lluvia y poco después se despierta y observa lo que pasa en frente de él. La vida parece que va a su ritmo.

En el lado sur de la Plaza de la Liberación se encuentra una fila de boleadores de zapatos, que, si no se encuentran trabajando en uno de sus puestos de estructura metálica y toldos de colores, están sentados, viendo el celular, esperando a que algún cliente llegue. Por detrás se encuentra una fila de personas acomodadas en las bancas, disfrutando la sombra y hablando en grupo o en parejas.

En el lado norte de la plaza un letrero con el nombre de Guadalajara en mayúsculas se presenta llamando la atención, la gente que parece venir de afuera se toma fotos enfrente de éste, principalmente en grupos; los extranjeros pasan y voltean a ver a la gente, sonriendo. Los extranjeros se toman fotos con el Degollado y hacia la catedral. Unos entran al teatro, más como parte de un tour que por voluntad propia, tomando una o dos fotos probablemente para publicarlas en Instagram.

Ahora, camino hacia la Plaza de Armas, a costado de la catedral. Desde el momento que llego se nota más gente concentrada, obviamente por su tamaño y por su escala. Un músico toca canciones populares y unas diez personas lo observan. Gente pasa, para comenzar el recorrido hacia el oeste probablemente, donde tendrá que atravesar la Plaza Liberación para poder llegar a su destino. Hay unos niños sentados en los jardines jugando, y en las bancas, gente sentada que alimenta a las palomas; un padre le pide comida a uno de ellos para que su hijo pueda alimentar a las aves y, sin pensarlo dos veces, se la da y le enseña cómo hacerlo. El niño, asombrado, ve cómo en grupos se acercan las palomas para comer de su mano.

Al centro de la plaza, en el quiosco se lleva a cabo una celebración de apariencia religiosa, pero sin evidencia clara de qué es. La gente viste batas blancas, descalza y reza oraciones que no se entienden muy bien de lejos, todos con una cara de sufrimiento y concentrados en la mayor parte, aunque cuando los fotografío parecen molestarse. El ritual siguió hasta el momento en que me fui.

Vendedores de globos, de burbujas y juguetes, así como de papas y chucherías rodean la plaza y dan la sensación de que no faltan cosas para estar

ahí. De ser niño me imagino que estaría feliz al ver eso, parte de los escenarios públicos que conforman la sociedad mexicana.

Ahora, camino hacia el frente de la Catedral, a la Plaza Guadalajara, donde noto desde lejos la función y el mejoramiento visual que da la peatonalización de la Av. 16 de Septiembre, un espacio que parece dar un respiro del cúmulo de coches que acostumbra la ciudad. En ella, las jardineras cuadradas parecen dominar la traza y el sentido de la dinámica que existe en el espacio, aparte de la fuente central que en sus escalones se contiene el habitar de la plaza y da lugar a toda la función de los alrededores. A los alrededores se nota de misma manera los elementos de vendimia que caracterizan al espacio público. Una dinámica más sencilla en general y en sus edificios, también con menos espacios comerciales, solamente con uno que invade parte de la plaza y da lugar a mayor habitabilidad, aunque con una estética sin mayor relevancia. Dentro de la Catedral hay mucha gente sentada en las bancas, unos orando y otros contemplando, unos entran a tomar fotos y en general estaban restaurando ciertas partes del edificio.

Salgo, para pasar a la Rotonda de los Jaliscienses Ilustres y terminar mi recorrido, y me doy cuenta de la función del lugar como punto de encuentro para fotografías, jóvenes esperando en recorridos por el centro se concentran ahí y, por último, los autobuses de los tours por la ciudad, salen de ahí.

Un recorrido que decae en cuanto a su complejidad espacial al recorrer cada espacio, que con sus defectos y beneficios funcionan y se mantienen en pie para saciar las necesidades de gran parte de la población y dar espacio habitable para ellos y un espacio de admiración a la parte de historia que queda en la ciudad.

Parque de la Revolución

Estaciono el coche en la calle Camarena, a tres cuadras del parque, son las dos de la tarde, me bajo del coche en medio de dos edificios de estilo art deco. Del lado derecho, el Hotel del Parque, y del izquierdo, un edificio de Grupo Alpha, los dos pintados de blanco en su mayoría y rojo en los detalles, con cinco pisos de altura y un lenguaje similar.

Ahí comienza la interacción con el lado histórico de la zona, un lado histórico que ha sido reutilizado y que refleja el crecimiento económico y el carácter comercial de la ciudad, donde en las avenidas principales hay edificios que han pasado de ser en su mayoría casas a restaurantes, bares y tiendas.

Los árboles en las aceras, el grafiti de las paredes y grandes letreros son lo que predomina en la vista durante mi recorrido hacia el parque. Tan sólo dos cuadras para llegar al parque bastan para entender cómo mientras más espacio libre de paredes hay, más rayados están los muros en la zona.

En este caso, una casa está delimitada por un muro de unos 2.80 metros de altura, con cantera hasta los 2.30 aproximadamente, y 50 cm de muro blanco enjarrado en la parte superior. En ese muro parece que los grafiteros respetan el espacio que demarca la cantera, ya que solo una o dos líneas sobresalen, quizá sea por accidente.

Una serie de nombres, apodos o iniciales se concentran dentro de este marco, cada uno buscando no invadir la pintura del anterior, dentro de un espacio definido por el material, cada uno queriendo pertenecer. A un lado, una tienda de colchones rodeada casi en su totalidad por cristales tiene una fachada completamente limpia de pintura, pero llena de anuncios y no sé cuál contamina más la visual.

La gente camina por los dos lados de la avenida, principalmente al lado poniente, y con cierta prisa. Hay bares y restaurantes en el lado sur de Av. Juárez, por donde voy caminando y en donde se encuentran pocas personas comiendo o bebiendo algo al ritmo del reggaetón. La gente en los restaurantes y bares son principalmente adultos de unos treinta años.

Al pasar la esquina, me encuentro del lado sur del parque y lo primero que noto es la sombra de los árboles que golpea el piso, las pérgolas, los escalones, las bancas, dándole textura al espacio en un juego de luces y sombras que confiere una cierta atmósfera que parece percibirse en todo el parque.

La primera sensación que tengo en ese espacio es de tranquilidad. Al caminar frente a la pérgola y alrededor del parque para observar me doy cuenta de que el proyecto es un oasis de vida y tranquilidad dentro del caos. La gente parece estar presente y disfrutar del espacio en su mayoría, conviviendo con otros o simplemente sentados en una banca.

Habitado principalmente por jóvenes, parece que la universidad ubicada sobre López Cotilla, a un costado del parque, da vida a la mayoría del área. El espacio sirve como zona exclusiva para los estudiantes, y cabe mencionar que se siente así en el mejor de los sentidos. La sensación de privacidad es una de las características más notables del espacio.

En las bancas la gente se concentra en grupos, parejas o de manera individual, apropiándose de los alrededores del parque en donde se lleva la mayor parte de la vida. Unos gritando y riendo, otros enamorados hablando de cerca y, por último, algunos por su cuenta observando o simplemente están en el lugar.

Se ve poca variedad de gente, uno que otro turista y pocas personas de la tercera edad. La razón de la esencia jovial y la vida del lugar reside en quien lo habita. Al llegar, pensé que sería un ambiente invasivo, pero para mi sorpresa y al recorrer el lugar me di cuenta de lo contrario. El espacio se siente seguro, amable y cómodo, los estudiantes son responsables en gran parte de que esto suceda.

Al recorrer el perímetro, siempre tuve una sensación de comodidad que se desvaneció en su mayoría al llegar a la calzada Federalismo, en donde el tráfico y sus edificios sin carácter no permiten al peatón relacionarse con su entorno de manera amable. Inclusive el acceso al tren ligero y las paradas de autobuses se ven en peor estado que el parque en general, y con muy poca gente. Mientras que, del lado norte, al cruzar la Av. Juárez veo una gran cantidad de personas caminando y esperando el autobús.

Termino el recorrido de los alrededores del lado sur del parque para llegar a sentarme bajo las pérgolas. Veo que el lugar se utiliza con dos fines. Uno, como espacio de transición y otro, como espacio para estar. Yo estoy sentado en frente de las pérgolas, en una banca donde el juego de luz y sombra se hace presente bajo la fronda del árbol más grande del parque.

A mi lado derecho, dos bancas más lejos, hay un hombre de tez oscura, probablemente sudamericano, que quizá lleva horas sentado en el mismo lugar. Observa a la gente sin cesar y sin distracción alguna. Espero a que tome el celular en cualquier momento y se pierda en la pantalla como la mayoría de gente suele hacerlo después de un tiempo. No lo hace mientras lo observo, hasta que me distraigo en las demás personas que hay en el lugar.

Enfrente de mí, sentada en una banca una joven hace completamente lo opuesto. Inmersa en el celular, no despega sus ojos de la pantalla y no parece querer hacerlo pronto. Volteo de nuevo y el señor que observaba se fue, me pregunto por qué. A mi lado, en el extremo opuesto de la banca llega a sentarse un hombre de unos 28 años, escuchando música y con un libro en la mano para después acomodarlo a su izquierda, antes de ordenar sus cosas para comer. Parece ser algo rutinario para él.

Me fijo en las mochilas sobre las espaldas de jóvenes y no tan jóvenes, principalmente en dirección hacia la Av. Juárez, probablemente para tomar el camión. Muchas personas pasan, en promedio de unos veinte años, máximo de treinta, con aspecto informal, vistiendo tenis y playeras, sin prisa aparente en su caminar.

Sentado, observo y siento que el parque tiene una escala doméstica y amable. Ciertos elementos son los culpables de esto: Los edificios modernos en la parte sur, con una altura de tres o cuatro pisos, al poniente, los edificios de dos pisos que albergan bares y restaurantes en la ahora peatonal calle Marcos Moreno, y el hotel de cuatro pisos que se ubica en la esquina de la calle Manuel López Cotilla, los árboles, los muros de la construcción irregular que da hacia la avenida Juárez y el área de juegos del lado oriente del parque.

En todos lados se aprecia el color verde que pintan los árboles con sus grandes follajes que cubren al azul del cielo y las plantas en el suelo. El rojo y amarillo del parque parecen complementar el tono pintado por la naturaleza sin querer ser el protagonista, sino acompañándolo.

Detrás de mí, bajo las pérgolas, pasan dos policías. Por su parte, la gente se encuentra conviviendo y hablando cara a cara, sentados en las bancas, en donde algunos comen y otros sólo platican. Me asombra la capacidad de ciertos espacios para compeler a la gente al acto de interacción humana, algo que no siempre sucede en los espacios en la actualidad.

El bullicio de un bar en un segundo piso tras las pérgolas se hace presente y le da una sensación de seguridad al entorno durante el día, me pregunto si será lo mismo por la noche. El sonido forma parte del entorno sin molestar ni parecer invasivo, la vida se hace presente con ciertos elementos que voy notando.

Uno que otro vendedor ambulante para por los andadores y busca convencer principalmente a las mujeres sentadas en las bancas, parece no tener mucho éxito. Poco después me di cuenta de que había vendedores ambulantes sentados en una banca en el lado sur del parque conviviendo mientras esperaban para dar otra vuelta.

El parque está en buen estado en general a donde quiera que voltee, solo veo una poca de basura bajo las bancas y una bolsa de plástico encima de una, en donde no se sienta nadie. Sin embargo, veo que hay gente dando mantenimiento y

regando las plantas del parque, una trabajadora se encarga de dar una vuelta por el parque y regar ciertas áreas de los jardines.

Me paro en dirección hacia la calzada Federalismo para pasar de nuevo donde hay más gente en el parque, que es el lado sur, donde los andadores tienen gente rodeando las bancas, parejas y gente en parejas. Doy la vuelta del lado de la calzada para cruzar por la esquina hacia el lado norte del parque y veo que sigue muy bajo el flujo de personas de la estación del tren ligero. Espero a que se ponga rojo el semáforo para cruzar, con unas cinco o seis personas a mi lado, casi todas son señoras de unos cincuenta años.

Cruzo y veo de frente una pérgola con una estructura metálica y techo de acrílico, que funciona como refugio del sol para la gente, sin embargo, nadie se encuentra bajo ella. Poco más adelante se ve gente saliendo de la estación de tren ligero y del lado izquierdo veo la sombrilla de concreto con los colores que caracterizan al parque, amarillo y rojo. Bajo ella y en las bancas de alrededor, la gente se concentra.

Continúo hacia la esquina noreste del parque y comienzo a darme cuenta de la gran cantidad de personas que pasan por el lado de la calle de Pedro Moreno. Arriba, abajo, rápido, lento, esperando, sentados, hablando, en bici. Un poco de todo sucede de este lado, donde se siente que todos tienen algo que hacer, una función que cumplir o un lugar a donde llegar.

Más adelante, los camiones se detienen y salen, la gente llega para esperarlos, algunos suben y otros bajan y detrás de ellos se encuentran dos o tres vendedores ambulantes que venden papas, dulces y fruta picada. Un puesto de revistas, igual el del lado sur se ubica en una estructura metálica y a sus lados, dos puestos de boleadores de zapatos que hablan entre ellos.

Camino en diagonal hacia la parte central del parque y veo en los jardines gente sentada y acostada, el mejor halago que puede tener el espacio público. Parejas platicando y gente en las bancas se sienta en parejas o de manera individual a excepción de lo que sucede en una pequeña plataforma circular y sus alrededores, en donde mucha gente se ve en grupos, unos escuchan música, otros hablan, algunos traen sus bicicletas y otros simplemente están sentados.

Subo hacia la parte de la pérgola en donde se escucha la música que suena desde una tienda de ropa, música muy alta que molesta al ambiente general del espacio. En la esquina noreste, la alarma de una tienda comienza a sonar sin cesar,

aunque nadie voltea a ver. Bajo la pérgola, en sus bancas y mesas hay siete personas y una sentada a un lado de mí en los escalones. En frente pasan dos policías que parecen merodear por el parque durante todo el día.

Sentado, veo cómo la luz que golpea al parque de este lado es más intensa debido a la fronda de los árboles. El calor se siente un poco más y la gente se resguarda bajo la sombra para evitar la luz directa del sol. El verde se ve de igual manera, dominando el entorno y acompañándose del rojo del suelo y las pérgolas y el amarillo de las bancas.

La escala de este lado no se percibe igual, los edificios del lado norte son de menor altura y los árboles menos, por lo que no existe la misma sensación provocada por los elementos que rodean al espacio público.

En los lados, pasa gente, camiones y coches sin cesar. Uno que otro extranjero pasa y pregunta por direcciones o contempla la vida en el parque al igual que lo hago yo, tal vez con ojos ajenos a la vida que hay dentro, pero el espacio da una sensación de pertenencia. La variedad de gente es mucho mayor, la diferencia en los ambientes es notable.

Camino hacia la estación de tren ligero ubicada al centro del parque, pasando nuevamente por los caminos centrales del parque y me doy cuenta de cómo el área más amplia del parque tiene la menor cantidad de gente, en frente de la estación por donde muchos entran y salen. Esto, debido a la ausencia de sombra que tiene el área, donde sólo una que otra persona se ubica en las bancas bajo la sombra de los árboles. De igual manera me doy cuenta de que mientras más me acerco hacia la calzada federalismo, menos gente se concentra.

Mercado Libertad

Voy camino a San Juan de Dios, al mercado que desde hace unas décadas es el corazón del barrio, tras un intento fallido realizado un día antes, cuando sin mucho tiempo disponible, saliendo a las 12 pm desde la Expo Guadalajara, hice dos horas de camino debido al tráfico y a la falta de estacionamiento, dando vueltas que sólo me recordaron por qué mucha gente evita ir al centro de ser posible. Con la incertidumbre de cómo sería el tráfico en el regreso, me fui del caos, con 30 minutos más en el regreso.

Ahora voy en Uber sobre la calle Libertad, es sábado y son las 4 pm. El chofer me confirma el destino y al ver que tengo una mochila encima, me pregunta

si soy turista. Le comento la razón de mi visita al centro, “Voy por un proyecto de análisis de tres espacios públicos de Guadalajara”, le digo, incluyendo en éstos mi destino. Hablamos un poco sobre cada espacio y me confirma el nombre del arquitecto que proyectó el mercado, Alejandro Zohn, me dice.

Poco después aprovecha para contarme la historia que escuchó de uno de los supuestos encargados de la organización del Mercado Libertad, un locatario e ingeniero de profesión. Con un tono apasionado, me cuenta cómo aparentemente hace unos meses planearon demoler el Mercado Libertad para hacer uno de esos proyectos urbanos que hoy se hacen en toda la ciudad, en los que sólo importan los números y el famoso plan de negocios sin consideración alguna por el impacto del edificio en su contexto, ni lo que se lleve entre las patas en el camino.

Un plan que incluía derribar el mercado para conformar un nuevo espacio comercial, que incluiría también viviendas, dijo el chofer. En un inicio, se planteó el proyecto debido a supuestas fallas estructurales del proyecto y la inhabitabilidad que suponían las mismas, al parecer no se llevó a cabo porque el ingeniero, que formaba parte del consejo de los locatarios, intervino y comenzó a hacer preguntas técnicas sobre el nuevo plan y el por qué de la demolición sin intentar recuperar la estructura existente. Las pláticas entre proyectistas y locatarios continuaron, y con ellas, las preguntas del mismo señor. Hasta que, en un punto, gracias a su perseverancia e incredulidad sobre la propuesta, los desarrolladores desistieron ya que no existía realmente ninguna falla estructural en el mercado, sino que fue siempre sólo un plan para demoler el mercado y construir sobre sus restos.

Yo, al igual que el ingeniero de la historia, escuche incrédulo, ya que nada de esto salió en las noticias (inclusive lo investigué), ni resonó en el mundito de la arquitectura de Guadalajara a pesar de su calidad de grandísima noticia, que por supuesto, (no creo) no hubieran dejado que continuara su rumbo. Siendo el Mercado no solo una referencia comercial de grandísima relevancia para la ciudad, sino también parte de la historia misma que lleva consigo Guadalajara, considerándola parte del patrimonio histórico y cultural que resta en la urbe.

La plática continúa pero se desvía del tema inicial, comienza a llover y el tráfico se concentra gradualmente hasta el punto en que, sobre la Calzada Independencia los coches se mueven a vuelta de rueda. Una mezcla de lluvia y tráfico es lo que caracteriza el momento, a los lados, comercios sin interrupción en el paisaje y en ellos a la gente resguardándose del agua que cae sin parar.

El tráfico continúa y la lluvia también, me bajo del coche antes de llegar al frente del mercado para no perder más tiempo, camino hacia la acera con la lluvia encima, voy directamente hacia los toldos de los negocios, me cubro en un restaurante y veo como en todos los espacios cubiertos no hay un solo vacío, la gente está ocupando todo el espacio a lo largo de toda la calle. Mucha gente se resguarda de la lluvia, jóvenes y adultos, viejos y niños, el clima no discrimina. Bajo las cubiertas o dentro de los comercios la gente parece estar tranquila, sin prisa, sólo uno que otro quinceañero agarra valor para correr a su destino, retando a la lluvia y a uno o dos amigos suyos. Yo sigo caminando, y cuando la lluvia pega más fuerte me cubro bajo el local que me quede más cerca.

Cruzo la calle Álvaro Obregón, llego a la esquina, volteo a mi lado derecho y me detengo. Frente a mí, la Parroquia San Juan de Dios con sus escalinatas mojadas y dos o tres personas en sus puertas, pero lo que llama mi atención es al ver donde termina el templo. La calle peatonal es el preludio para los ojos a encontrarse con un edificio colonial, porticado, sobre un basamento, que, con algunos faros colocados en frente (ya prendidos), se refleja en los charcos del piso de piedra y se revela al espectador, como parte del paisaje urbano, pero para mí en ese momento, como una pintura. Como las pinturas en los museos, que sólo cuando sabemos que pertenece a un autor famoso, nos damos el tiempo de parar a contemplar la obra, así me sucedió y como es algo tan común para todas las personas que suelen caminar por ahí, probablemente pierda su encanto en la cotidianeidad de sus vidas. Le tomo foto con el celular y, a pesar de lo bien que se ve la foto, no refleja en lo absoluto la esencia del lugar. Probablemente una que otra persona se detenga igual que yo, tome una foto y piense lo mismo.

Camino hacia el pórtico, subo las escaleras y me doy cuenta de que estoy en la Plaza de los Mariachis. Hay música sonando, músicos preparándose, gente tomando y otros comiendo, hablando o protegiéndose del clima, algunos caminan en frente a pesar de la lluvia y otros esperan. Me invade una emoción de cuando conoces algo por primera vez, esa emoción infantil que no puedes contener, esa que tuviste cuando metías un gol en el recreo, cuando te daban un regalo que esperabas en Navidad o esa que salía cuando ibas de vacaciones a cualquier lugar.

Tras un rato cubriéndome bajo el pórtico, salgo y camino en dirección hacia el Mercado, ahora sólo chispea. Veo de lejos el obelisco de la Plaza Tapatía y cruzo para llegar a la plaza que se encuentra a un lado de la entrada de la Estación San

Juan de Dios. La estación con su carácter escultórico llama la atención por su trazo geométrico y formal. Entro con una idea de entender el espacio, y comienza a llover muy fuerte de nuevo.

La gente se concentra en el ingreso, usando los escalones como gradas o recargados en los barandales. La gente que iba a salir de la estación, se frena en la entrada y se recarga en la pared o toma asiento como los demás. En el primer descanso de la escalera, un hombre vestido de mujer se encuentra poniéndose y quitándose ropa del piso, ropa que parece ser suya. Un hombre con vestido negro, arreglándose sin importarle quien o que pase por ahí, como si nadie existiera y estuviera sólo en su casa, tal vez sea su casa. Toma un velo blanco del suelo y se lo pone en la cabeza, mientras sigue buscando ropa entre sus pertenencias que están en el suelo.

Al lado del hombre se encuentra una escultura de algo que parece una catrina de unos dos metros, una escultura que da el frente hacia las plataformas de acceso al tren ligero, en una pose muy teatral, parece recibir a todo aquel que llega. La escultura está vestida con prendas similares a las del hombre, comienzo a dudar si es suya o pertenece a la estación, ya que parece estar colocada con cuidado. Me imagino que pudo haberse colocado por el día de muertos que pasó hace poco, sin embargo, mis dudas tienen respuesta cuando le coloca un velo en la cabeza, tras colocarse él una corona de plástico. Las similitudes no son coincidencia, está vistiendo a su escultura con la misma delicadeza que con la que se viste.

Poco a poco comienza a descartar qué ponerse y qué ponerle a su escultura, y de repente, de manera brusca comienza a juntar sus cosas en una cobija. Las avienta, enrolla la cobija y sale con ellas, yo aprovecho para tomar fotografías de la escultura, buscando entenderla. Llega desde afuera y se recarga en la pared, diciendo una que otra palabra que no se entiende, observando su escultura, parece contemplar su obra de arte. Minutos después, la toma y se va con ella afuera a pesar de la lluvia que cae. Nadie parece darle la importancia que merece, tal vez para su semblanza, que reflejaba dos probables justificaciones para su actuar, uno, inestabilidad en su persona o dos, estar bajo la influencia de drogas, o tal vez porque es común ver a personas en condiciones similares, que de primera instancia no puedes ni quieres entender.

La gente sigue llegando y uno que otro valiente, saliendo. Algunos lo intentan, pero en cuanto la lluvia los toca, se regresan a esperar a que baje. La

estación es espaciosa y la gente, aunque es mucha, no parece estar apretada, sino que está cómoda dentro de lo que cabe, unos niños están jugando con monos de plástico.

Me doy cuenta de ciertos detalles, de que hay dos circulaciones paralelas y en el centro, una gradería que está separada por un pasillo y da hacia un escenario elevado, que por debajo tiene una salida de una línea del tren. Está pensado para utilizarse como foro, me pregunto cómo funciona cuando se usa o si se usa en lo absoluto. Su acceso está restringido, probablemente la razón se debe a los indigentes de la zona, que, por cierto, parecen ser algunos. El escenario se ilumina por un domo en un prisma triangular y debajo de él, la luz amarilla para contrarrestar la oscuridad del subterráneo toma presencia y contrasta con las siluetas de la gente que entra y sale.

Baja la lluvia y cruzo hacia uno de los ingresos del mercado. El agua en las calles está encharcada y afuera, el mal tiempo parece no importarles a las personas que con cualquier objeto o techumbre se protegen. Desde que ingreso, se siente una atmósfera diferente. El bullicio comienza y parece estar contenido en el lugar perfecto para su actividad.

Adentro parece que el tiempo no pasa, se pierde la noción de las horas del día. Lo nublado del exterior y las luces de los pasillos colocadas de manera longitudinal en los perímetros te guían en un caminar continuo (que parece infinito) a través del espacio, sin pausas y resaltando el flujo de la gente que va y viene.

Un tono blanco pinta los pisos y los puestos de comida que se ubican en el perímetro de la planta baja y el ambiente se pinta de olores por todos lados, la mezcla de olores varía entre carne, menudo, pescado, guisados, dulces y al llegar a la parte central, mierda. Una mezcla de olores dulces y salados, asquerosos y ricos, unos que dan hambre y otros que revuelven el estómago, sin hacer que nadie se incomode. La gente parece estar acostumbrada al olor que flota en el aire y camina sin voltear a su alrededor, sino siempre hacia el frente, como sabiendo lo que buscan de antemano y los vendedores, como si fuera su casa.

Al pasar por los puestos, la gente ofrece. ¿Qué necesita? Llévelo, llévelo, páselo, güero... Frases de mercado por todos lados, todos amables y sin importar quién seas, parece que te tratan de la misma manera, te ofrecen lo mismo y te ven igual. Uno que otro voltea a verme por la cámara que traigo colgando en el cuello,

sin mostrar mucha intriga. Supongo es algo común que vayan a tomar fotografías a un lugar tan pintoresco como lo es San Johny.

Intento ubicar mentalmente algo que recuerde, haciendo un recorrido mental, primero pienso en el patio del mercado, sin lograr ubicarlo. Recuerdo también el área de tecnología, de niño llegué a comprar juegos piratas en la zona y hace poco más de un año fui a la misma zona a comprar un juego para Nintendo 64, esa está en segunda planta.

Me pierdo en los pasillos y me encuentro con tiendas de venta de joyería, puestos que arreglan y venden relojes, puestos de ropa y disfraces. Muchas tiendas parecen tener generaciones de familias trabajando, y uno que otro niño acompañando a su familia, tirado en el piso o sentado viendo al celular. Hijos y padres, abuelos y nietos en el mismo lugar, me pregunto cómo será para ellos, crecer y envejecer ahí.

Subo a la primera planta, donde se lleva a cabo la venta de comida preparada. Restaurantes y fondas por todos lados, vapor, sonidos de carne asándose, gente picando verduras o haciendo tacos, filetes de pescado, tortas, mientras que alrededor de los puestos, en los bancos, se sienta la gente a comer o a esperar su comida. En los pasillos, pasa la gente cargando cajas de refrescos o moviendo alguna otra cosa en sus diablitos, esquivando a todas las personas que circulan al mismo tiempo.

Subo a la segunda planta, donde los pasillos parecen hacerse más estrechos, especialmente en los balcones. La mayoría de las personas vende ropa, imitaciones para ser específico o artículos de piel. Todos te preguntan qué buscas y cuando un cliente se detiene a ver algo, para pasar uno tiene que pegarse al muro bajo del perímetro en los balcones, o en el caso de los puestos, del lado contrario. Tenis blancos y rojos, playeras con los logos grandes en su frente —si no para qué—, lo único que importa es la marca.

Aquí se viene a comprar algo para pertenecer a una sociedad tapatía que, a escondidas (y no tan a escondidas) desprecia la pobreza. Se compra ropa que significa todo menos ropa, prendas que significan estatus en una Guadalajara donde tu imagen se juzga por ojos ajenos y aunque cada vez menos, tus prendas te definen en un panorama general dentro de ciertas categorías, como: fresa, naco, cholo, hípster, buchón, con la función de dividir a los ricos y pobres de la ciudad.

La gente busca entre todos los puestos y uno que otro se detiene a ver, buscando el mejor precio entre los locales y ofertas del mismo producto, gana entonces quien venda más barato o el más verbo. Sucede la misma dinámica que en una plaza comercial, la única diferencia es la gente y los precios. La cuestión es si van por placer o exclusivamente por “necesidad”.

Camino hacia el perímetro y siento como la temperatura cambia. El aire fresco entra por las celosías e invade los pasillos, reflejando el clima lluvioso y cielo nublado que están en el exterior, a diferencia de la calidez y al aire denso, (un poco sofocante) que se respira en el centro del mercado.

Los pasillos aquí también son apretados, con luz blanca y puestos más pequeños que en el centro. Todos ofrecen y preguntan “qué busca”, se ven ocupados y con algo en la mente, hablando por celular o entre ellos, entiendo que su oficina es el mercado, y aunque cueste imaginar a la palabra oficina fuera de computadoras, trajes, y la imagen del típico godín, así es.

Bajo de nuevo a la primera planta, buscando el patio del mercado, camino hasta dar con él, sintiendo que es de noche aunque apenas son las 6:30 pm. El cielo es casi negro y el viento fresco. Recordaba el patio más abierto, ahora lo veo lleno de puestos, todos cubiertos con lonas para cubrirse de la lluvia. Aquí se venden artesanías, y gracias a los pasillos que dan hacia la calle, se siente la conexión del mercado con el exterior, cosa que olvidé estando adentro, concentrándome en todo lo que pasa. No sé si sea por lo pintoresco del lugar, o por el ambiente único que tiene el espacio y la idea de estar más vivo para prevenir que alguien te saque la cartera de tus bolsillos.

Salgo del mercado en la calle Dionisio Rodríguez y veo el puente para cruzar a la Plaza Iberoamericana. Se siente seguro porque hay gente caminando en el exterior, bajo el pórtico, coches pasando en la calle y gente en los puestos a punto de cerrar, guardando sus cosas. Unas lámparas iluminan el puente, los coches pasan por debajo y la mayoría de gente camina con dirección hacia el este, probablemente camino a sus casas.

Lleno de vida, costumbres, colores, personas, luces, el mercado y su dinámica son diferentes para cada persona que lo vive. Parte de la ciudad, de su historia y de su identidad, es un lugar que no puedes imaginar fuera de ese barrio, fuera de su contexto. Es uno de esos lugares (que cada vez se encuentran menos)

que pertenecen al sitio en donde están, que cambian con el tiempo, con la gente y con la ciudad.

3. Resultados del trabajo profesional

El trabajo resultó en una serie de reflexiones en torno a la situación en la que se encuentra la relación social, individual y psicológica que tenemos actualmente con el espacio público, usando como referencias los tres espacios seleccionados.

Es indispensable comprender a la arquitectura como una disciplina que está en contacto ininterrumpido con su entorno, entendiendo entorno como: usuarios, contexto social, cultural, económico y político, con una capacidad de influir en los aspectos sociales, culturales y urbanos en una ciudad. Para entender esto, es fundamental construir un sentido de responsabilidad y tener una noción real de la relevancia de la arquitectura dentro de la conformación social y urbana.

Por otro lado, buscando poner en práctica los aprendizajes del análisis y en relación a los espacios estudiados, debemos de pensar al cambio como parte de la arquitectura, proyectando no sólo para una época y lugar en específico, sino buscando la atemporalidad dentro del espacio, definiendo a la capacidad de adaptabilidad de un proyecto como su éxito o fracaso.

Por último, cabe mencionar que debe de existir una aspiración de involucrarse socialmente con su entorno, a nivel personal y profesional, teniendo como beneficio la capacidad de comprender el mundo que los rodea, mediante la conciencia y reflexión de las experiencias vividas, para así poder interpretarlas de manera adecuada.

4. Reflexiones del alumno o alumnos sobre sus aprendizajes, las implicaciones éticas y los aportes sociales del proyecto

- Aprendizajes profesionales

No sólo me voy con una visión más completa sobre la arquitectura, al contrario de lo que pasa ahora en ciertas escuelas que enseñan la profesión como un método, como un fin y no como un medio, como la práctica y no la teoría y como la razón y no la emoción, sino que busco conciliar ideas y posturas que a veces llegan a ser contradictorias, para trabajar a partir de una máxima que pone a prueba la capacidad del arquitecto a reflejarse en sus obras, sin perder de vista que la

arquitectura, a diferencia de las otras artes, tiene una función designada y sólo la cumple si en su habitar se puede persuadir al ser humano a un habitar adecuado para su entorno.

- Aprendizajes sociales

Uno de los aspectos más relevantes aprendido durante el proyecto fue que en la ciudad existe una demarcación de las clases sociales muy clara, manifestada física y psicológicamente, no basta hablar con una persona en cualquiera de los dos sectores para darse cuenta de ello.

La arquitectura sirve y debe de servir como la integradora de diversas disciplinas, donde uno de los fines es integrar a su sociedad de manera social, económica y cultural por decirlo de manera simplificado, en relaciones complejas y no tan complejas, pero donde sí existe un rol activo por parte de los arquitectos.

La arquitectura se debe de poner al alcance de todos, no sólo en la mano de algunos y en los ojos de otros, sino que debe de involucrarse de manera activa con el entorno físico, social y cultural, dejando consigo la certeza de pertenecer, igual que hace el hombre a lo largo de toda su vida.

- Aprendizajes éticos

Me queda muy claro que el diseño de un espacio conlleva un pensamiento a largo plazo, construir para una persona no es construir para una persona, sino construir para generaciones, especialmente en la sociedad mexicana en donde se tiene bien claro que una casa es para heredarla y que el “patrimonio”, como lo indica su origen del latín, que significa bienes que hereda un padre a su hijo, en México es la connotación para la casa que vas a dejarle a tus hijos.

Con esa idea, llevada a un plano general, podemos tener una consideración de la arquitectura como la herencia espacial, estética e ideológica que va a cambiar en conjunto con la sociedad, y que sin importar la magnitud del proyecto, va a criarse, vivir y morir con una o mil personas. Hay que trabajar con la idea de que lo que hacemos importa, influye y se construye con, para y por la sociedad.

El observar, vivir y buscar comprender cómo funcionan los espacios analizados en la Guadalajara contemporánea, me sirvió para entender un poco más a la sociedad y a mí mismo, a entender el impacto que han tenido los proyectos en el crecimiento y desarrollo de la ciudad. Me dio a entender la relevancia de la

práctica arquitectónica, cuando había llegado a un punto en que comenzaba a creer que la influencia de un proyecto recae en la magnitud del mismo, ahora vuelvo a creer que no, por pequeño, mediano o grande que sea un proyecto, las bases deben de ser las mismas, tener un impacto positivo dentro de la sociedad a la que pertenece.

Una invitación para remover a la arquitectura del plano individual, económico y privado, para hacer de la profesión un entramado con otras posturas, perspectivas, disciplinas y visiones, siempre con la finalidad de un beneficio social y cultural.

- Aprendizajes en lo personal

La teoría dentro de la arquitectura tiene un valor inconmensurable, al igual que en la mayoría de las áreas profesionales, sin embargo, creo que el acercamiento a un lado artístico, filosófico, ético y antropológico, dota al arquitecto de un criterio más perceptivo —o busca hacerlo— para lograr su cometido, que es una condición inherente al ser humano, la de crear.

Sin embargo, la teoría, como todos los símbolos que el ser humano ha creado para darle sentido a su mundo, no tiene valor si no se interpreta/reinterpreta. Lo mismo pasa con los espacios, que suelen ser interpretaciones de sensaciones, edificios existentes, obras de arte, emociones, experiencias, o inclusive, anhelos.

Entender que la vida es un sinfín de interacciones entre ser humano y su entorno, sus experiencias, su círculo, es ahí cuando se vuelve ilegible quién forma a quién en este contacto del individuo con el mundo en el que habita, y es el habitar al fin y al cabo, lo único que importa.

Creo que entender mediante la investigación, el lado histórico y social por el que pasaba la ciudad de Guadalajara mientras se construían los tres espacios analizados, me dio la posibilidad de comprender el porqué de los espacios dentro de la sociedad a la que pertenecían, su finalidad y sus alcances. Verlos con otros ojos, en el Guadalajara contemporáneo, ver cómo se construyen mutuamente y siguen siendo un punto clave para el desarrollo de un sector de la ciudad y las personas que conviven con ellas y en ellas, a pesar de que la vida pública, como mencioné antes, se ha privatizado, convirtiendo a las plazas, restaurantes y bares a los nuevos espacios de carácter público, los tres proyectos revisados son y serán un referente para la ciudad.

5. Conclusiones

No sé qué futuro le depara al Parque de la Revolución, Cruz de Plazas y el Mercado Libertad, pero sea cual sea, es indudable que en la actualidad son espacios que se definen en conjunto con las personas que los habitan. Espacios que no podrían eliminarse sin crear una crisis en el sentido espacial, histórico y cultural en la ciudad y que, esperemos que así continúe, buscando siempre una mejora y una capacidad de adaptarse a las nuevas condicionantes sociales.

Debemos de reapropiarnos de la ciudad, de conocer su historia, vivirla, interactuar con ella. Parece que lo urbano tiende a deshumanizar por definición, pero también por costumbre, porque lo vemos en otro lado y se aprende. Aunque sin el carácter que probablemente tuvieron en sus inicios, cada espacio analizado tiene una esencia única y un lugar dentro de la memoria y el corazón de la ciudad.

Ya no serán los espacios predilectos para ir a convivir los domingos, para ir a misa después de ir a desayunar, para ir a hacer un picnic o para ir a comprar las cosas que sólo encuentras en un mercado. No son así porque le hemos restado valor y relevancia de origen, por una modernidad que, mal o pobremente interpretada, a la fecha ha dejado muchas secuelas.

Ya no podremos salir a la calle y ver a los niños pasear, caminar a todas horas tranquilo y sin apuro por la ciudad (por su centro especialmente), seguro que no podemos salir en verano a caminar por la calle bajo el sol, pero lo que sí podemos hacer es entender es que la ciudad es de todos, entender que vale la pena re habitar espacios que le merecen el interés, que la ciudad es para conocer, vivir, convivir, experimentar y desarrollarse, para habitarla. La ciudad es y nosotros en ella.

6. Bibliografía

Bonet, Rubén (2006). Urbanismo unitario. La concepción situacionista del espacio urbano. *Replicante*, no. 7, pp. 98–100.

Borja, Jordi (1998). Ciudadanía y espacio público. 2019, *Ambiente y Desarrollo*. Sitio web:

http://www.pieb.org/espacios/archivos/doconline_ciudadania_y_espacio_publico.pdf

Borja, Jordi (2006). La ciudad es el espacio público. *Replicante*, no. 7, pp. 73–74.

Chomsky, Noam (2006). La ciudad neoliberal. *Replicante*, no. 7, pp. 76–77.

De la Peña, Juan; Aristizabal Mora, Catalina; Academia Nacional de Arquitectura (México); Secretaría de Cultura, Jalisco; Secretaría de Desarrollo Urbano, Guadalajara; Ayuntamiento de Jalisco (2001). *Jalisco 100 años de arquitectura*. Guadalajara: Academia Nacional de Arquitectura : Secretaría de Desarrollo Urbano del Estado de Jalisco: Ayuntamiento del Estado de Jalisco.

Ducci, María Elena (1989). *Introducción al urbanismo*. Ciudad de México: Trillas.

Macías Mora, Ramón (2017). La arquitectura de Guadalajara. 2019, *Milenio*. Sitio web: <https://www.milenio.com/opinion/ramon-macias-mora/umbral/la-arquitectura-de-guadalajara>

González Gortázar, Fernando (1975). La arquitectura contemporánea en Jalisco. *Revista de la Universidad de México*, septiembre, 12–18.

González Gortázar, Fernando (1991). *Conversación con Fernando González Gortázar. Ignacio Díaz Morales habla de Luis Barragán*. Guadalajara: Universidad de Guadalajara.

López Moreno, Eduardo (2001). *La cuadrícula en el desarrollo de la ciudad hispanoamericana: Guadalajara, México*. Tlaquepaque: Instituto Tecnológico de Estudios Superiores de Occidente.

Núñez Miranda, Beatriz (1999). *Guadalajara, una visión del siglo XX*. Guadalajara: Colegio de Jalisco/Ayuntamiento de Guadalajara.

Peña Iguarán, Adolfo (2013). Cuidado con el Parque de la Revolución. 2019, de Red Arquitectura Iteso. Sitio web: <https://blogs.iteso.mx/arquitectura/2013/03/22/cuidado-con-el-parque-de-la-revolucion/>

Ruiz, Fernando (2013). La Cruz de Plazas. Transformación Urbana: Guadalajara 1947–1959. 2019, Universidad de Guadalajara–CUCSH. Sitio web:
<https://es.slideshare.net/Fruizsantana/la-cruz-de-plazas-transformacin-urbana-guadalajara-19471959-fernando-ruiz>

Subsecretaría de Desarrollo Urbano y Ordenación del Territorio, Dirección General de Equipamiento e Infraestructura en Zonas Urbano Marginadas, Subsecretaría de Prospectiva, Planeación y Evaluación, Dirección General de Análisis y Prospectiva Unidad de Planeación y Relaciones Internacionales (2010). Documento diagnóstico de rescate de espacio públicos. 2019, Sedesol. Sitio web:
http://www.sedesol.gob.mx/work/models/SEDESOL/Sedesol/sppe/dgap/diagnostico/Diagnostico_PREP.pdf

Tovar Rendón, Jesús Armando (2015). Memoria arquitectónica tapatía: El Parque de la Revolución. 2019, *El Siglo de Torreón*. Sitio web:
<https://www.elsiglodetorreon.com.mx/noticia/1152392.memoria-arquitectonica-tapatia.html>